

Si ya eres un hijo de Dios, nos gozamos contigo, y sabemos que pronto estaremos juntos en el cielo. Pero si el querido lector no está todavía salvado por Cristo, no debe dejar esta cuestión por otro momento, sino que siga con la lectura de este corto mensaje, y sepa quién es Cristo, y para qué vino a este mundo.

Jesús es el Hijo de Dios, quien nos amó tanto, que dejó el cielo y vino a este pobre mundo para salvarnos. Juan dice de El: **“Aquel Verbo fue hecho carne”**, y el Bautista testificó de El: **“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”** (Juan 1:14 y 29).

Pablo dice acerca de El: **“Nuestro Señor Jesucristo . . . fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos”**. Y en otro lugar dice: **“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”** (Romanos 1:3-4, y 1ª Tim. 1:15).

Y añade también: **“el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual siendo el resplandor de su gloria [de Dios], y la misma imagen de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo hecho la purificación de nuestros pecados por medio de Si mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”** (Heb. 1:1-3).

¿Puedes ver la esencia celestial de Su divina persona y la gran obra de salvación hecha en favor tuyo? Isaías dice: **“El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él”** (53:5). Y en la 1ª de Juan se nos dice que **“El**

apareció para quitar nuestros pecados” (3:5).

Creemos que con lo citado puedes ya formarte un claro concepto del Bendito Señor, y ojalá pudieses contestar a la pregunta formulada, como lo hiciera Pedro, cuando el Señor preguntó a Sus discípulos: **“Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”**; y en otra ocasión, Pedro testificó de Cristo de una manera maravillosa, diciendo: **“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”** (Mat. 16:15-16, y Juan 6:68-69).

¿Aceptas tú, querido amigo, que el Señor Jesús es el Hijo de Dios? Ya ves que las Escrituras así lo afirman. Y hay otra circunstancia muy importante y que tú debes considerar, y es que todos los hombres somos pecadores, pues está escrito: **“Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”** (Rom. 3:23).

Entonces, **“si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”**. Y ¿sabes por qué podemos ser limpiados de toda nuestra iniquidad? Pues porque El derramó Su preciosa sangre en la cruz del Calvario, y se nos dice que **“la sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado”** (1ª Juan 1:9, y 7)

¿No vas a aceptar este don del amor de Dios? **“Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a El mentiroso”**, y ¿no te parece ser esto un pecado mayor que todos, si cabe, el no creer Su testimonio? (1ª Juan 1:10).

Toda Correspondencia debe dirigirse a la redacción: Mensajes del Amor de Dios, 35612-11th Avenue S.W., Federal Way, WA 98023 EUA. Se manda un Evangelio del Apóstol Juan al que lo solicite, con límite de un solo ejemplar a cada solicitante. Favor de escribir su nombre y domicilio con letra de molde.
Esta publicación se facilita gratis a quien la pida.



MENSAJES del AMOR de DIOS

“¿Cómo podremos nosotros escapar, si descuidamos una tan sublime salvación?”



El gran trono blanco

Este impresionante macizo montañoso se encuentra en el Parque Nacional de Zión, en el Estado de Utah, de los EE. UU. Aunque no poseemos los datos de su altura, creemos, al contemplarlo en la fotografía, que ésta debe ser considerable. Seguramente tiene otros aspectos que le hacen notable, mas lo que nosotros queremos hacer resaltar es que se le conoce con el nombre de **“El gran trono blanco”**.

Tal nombre trae a la mente algo muy trascendente, que es posible que el lector desconozca, pero que le concierne muy directamente. Y es que de no conocer y haber aceptado al Señor Jesús como su Salvador, tendrá que comparecer ante un real **“Gran trono blanco”**, para ser juz-

gado y recibir el castigo de Dios por sus pecados no perdonados. Veamos lo que nos dice la Biblia, la Palabra de Dios, a este respecto:

“Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, de delante del cual huyó la tierra y el cielo. . . Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, el cual es de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. . . Y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue lanzado en el lago de fuego” (Apoc. 20:11-15).

¿A quién no le impresionaría saber que tiene que comparecer como reo ante cualquier tribunal supremo de justicia de este mundo para ser juzgado? Nadie podrá negar que el asistir a la corte de justicia, aunque sólo sea como espectador, testigo, o jurado, es algo que impone. ¡Cuánto más para los acusados!

Con todo, esto no es de comparar con lo que será en aquel **“día en el cual [Dios] ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel varón al cual determinó; dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”** (Hechos 17:31), porque nadie escapará libre de culpa, ya que los que van a comparecer ante el **“Gran trono blanco”**, son aquellos que pertenecen a la **“resurrección de condenación”** (Juan 5:28), porque no creyeron la palabra del Señor Jesús para vida, cuya voz aún clama hoy en Su infinita gracia para ti, para que te salves: **“De cierto, de cierto os digo: El que**

oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida” (Juan 5:24). ¿No querrás tú creer Su palabra, y quedar ya libre ahora de la comparecencia ante el **“Gran trono blanco”**, por haber sido escrito tu nombre en el libro de la vida, al aceptar a Jesús como tu Salvador y tu Señor?

De no hacerlo así, tendrás que ser juzgado y condenado con aquella multitud, quienes, al no haber aceptado el mensaje de salvación, fueron **“juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”**, y como sus nombres no **“estaban escritos en el libro de la vida”**, **“fueron lanzados en el lago de fuego”**. No quieras tú, querido lector, correr la misma suerte; sálvate hoy, mientras estás a tiempo para ello.

Si tú lo deseas, puedes ser salvo hoy mismo por la sangre preciosa que Cristo derramó en la cruz del Calvario, la cual **“nos purifica de todo pecado”** (1ª Juan 1:7). De todos es bien conocido que nuestro Señor Jesucristo murió crucificado; lo que muchos ignoran, y otros no quieren aceptar es que **“Cristo padeció por nosotros. . . el cual no hizo pecado; ni fue hallado engaño en su boca: Quien cuando le maldecían, no retornaba maldición; cuando padecía, no amenazaba . . . el cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos a los pecados, vivamos a la justicia: por la herida del cual habéis sido sanados”** (1ª Ped. 2:21-24).

Por naturaleza, todos los hombres estamos **“muertos en nuestros delitos y pecados, siendo “hijos de desobediencia . . . e hijos de ira”** (Efes. 2:1-3), mereciendo por ello la condenación. **“Empero, Dios, que es rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo; por gracia sois salvos . . . por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: No por obras, para que nadie se gloríe”** (Efes. 2:4, 5, 8, 9).

Este es el plan y propósito de Dios, y si con todo esto, tú te obstinas en seguir tu

propio camino, vivirás **“sin Cristo . . . sin esperanza y sin Dios en el mundo”** (Efes. 2:12), no quedándote otra cosa que **“una horrenda esperanza de juicio y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios”** (Heb. 10:27). Es todo lo que vas a ganar, si no quieres escuchar la voz de amor con la cual Dios te llama para salvarte por medio de Su amado Hijo, **“en el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia”** (Efes. 1:7).

Amado lector, Dios **“quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad”** (1ª Tim. 2:4). Es con este propósito que El **“envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por El”**. No es que nosotros mereciésemos nada de ello, **“sino que él nos amó a nosotros, y ha enviado a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados”** (1ª Juan 4:9-10).

Por tanto, a cuantos leáis este mensaje, os **“testificamos que el Padre ha enviado al Hijo para ser Salvador del mundo”** (1ª Juan 4:14). Si no atiendes a Su llamada de amor, comparecerás ante el **“Gran trono blanco”** para escuchar la sentencia divina de la que no podrás escapar. Por eso te recordamos una vez más: **“¿Cómo podremos nosotros escapar, si descuidamos una tan sublime salvación?”** (Hebreos 2:3).

*¿Cómo puedes pecar sin temor contra Dios, echando en olvido Su amor?
¿Cómo puedes vivir rechazando la voz de Cristo, tu buen Salvador?*

*Cuando Dios haya puesto su trono de luz llamándote a Su tribunal,
y buscares en vano refugio en Jesús,
¡qué espanto y terror sentirás!*

Porque usted lo dice

Esta anécdota que vamos a narrar, y que tuvo lugar en una escuela primaria, mientras el profesor estaba dando una lección de geografía, nos ilustra de lo que es la fe, y cómo ésta debe ser ejercida.

Habiéndoles explicado que la tierra es

redonda como una pelota, todos demostraron asimilar muy bien la lección, ya que cuantas preguntas fueron hechas después de la lección, fueron contestadas satisfactoriamente, estando todos de acuerdo que la tierra tiene la forma de una esfera.

Y queriendo el profesor saber hasta qué punto los muchachos estaban convencidos de la redondez de la tierra, les preguntó: ¿Cómo sabéis que la tierra es redonda, y cómo lo probaríais?

Tal pregunta sorprendió a los muchachos, quienes se miraban atónitos, sin saber qué decir, y muchos ya empezaban a dudar de lo que habían dicho, mayormente cuando a simple vista la tierra se les mostraba llana, y no esférica; ¿sería que el profesor se había equivocado?

Ya estaba el profesor dispuesto a explicarles a sus alumnos el modo de demostrar la redondez de la tierra, cuando se alzó una mano de entre la chiquillada, y dijo el profesor a Tomás, un muchacho muy despierto, de cara afable y sonrosada:

—Bien, Tomás, ¿cómo puedes tú estar seguro que la tierra es redonda?

—Porque lo dice usted, señor, y siendo usted el profesor, no nos engañaría.

De esta manera tan sencilla, aquel muchacho dio prueba de tener fe real; y además demostró la manera de ponerla en práctica.

¿Tienes tú, querido lector, esta misma clase de fe sencilla y sincera, como la de Tomás, respecto de la Palabra de Dios?

Esta nos describe la fe de la manera que sigue: **“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”**. Y por ello; cuantos hemos tenido la dicha de recibir el don gratuito del amor de Dios, por medio de Su amado Hijo, además de que la tierra es redonda. creemos que es una obra divina, como la creación de todo el universo, y así **“por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”** (Heb. 11:1, 3).

Y se nos dice muy solemnemente en Su santa Palabra que **“sin fe es imposible agradar a Dios”** (Hebreos 11:6). Quiera

Dios que tú, querido lector, tengas fe, y que ésta esté fundada en el bendito Hijo de Dios, y aceptes Su obra en la cruz del Calvario que El hizo por ti, y puedas tú decir con todos los redimidos: **“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”** (Rom. 5:1).

Si aún no has sido salvo, querido amigo, ven al Señor con la misma sencilla fe que demostró tener Tomás en su profesor, y cree la Palabra de Dios, la cual te promete la vida, si aceptas Su justificación por Cristo Jesús, **“la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. . . Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios propuso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia”** (Rom. 3:22, 24, 25).

El mensaje de la nieve

Entrando en su casa toda contenta una niña, por haber estado jugando con la nieve recién caída, habló a su mamá de la siguiente manera:

—¡Oh, mamá, cómo he disfrutado jugando con la nieve; y al mirarla tan radiante y pura, parecía que me estaba musitando algo muy bonito!

—Ah sí, ¿y qué te decía?

—Bueno, era como si me repitiese la lección aprendida en la escuela dominical: **“Lávame, y seré más blanco que la nieve”** (Sal. 51:7), y así yo se lo he pedido a Dios, mamá.

¡Qué hermosa oración, a la cual Dios no deja sin respuesta!

“Si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Isa. 1:18). Pues **“la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”** (1ª Juan 1:7).

Lección bíblica

“¿Qué os parece el Cristo?” Mat. 22:42

Querido lector, queremos hoy preguntarte, **“¿Qué te parece el Cristo?”** y así compruebes qué opinión te has formado respecto de Su Persona.